

*Vicente Aleixandre.  
Un camino hacia la luz*

Rosa Fernández Urtasun

Cumplidos ya los ochenta y cuatro años —al tiempo de hacer recuento—, Aleixandre reconocía que dos habían sido sus satisfacciones más íntimas y más calladas a lo largo de su vida: «las que me produjeron mis dos primeros libros, tan diferentes uno del otro. Una ha sido la de *Ámbito* —la llegada del primer libro, valiese lo que valiese—, y otra, la que me produjo *Pasión de la tierra*». Son palabras que pertenecen a una entrevista realizada por Fernando G. Delgado en 1982, publicada con ocasión del cumplimiento de un lustro desde la concesión del Premio Nobel al poeta.

Este último reconocimiento le llenó de orgullo y de alegría porque significaba otorgar a su obra, de un plumazo, una dimensión nacional e internacional que sin él difícilmente hubiera podido conseguir. Sin embargo, desde esa visión lúcida y global de la postrera madurez, el premio de la Academia sueca no podía superar el gozo y el entusiasmo de la publicación de aquellos dos libros primeros: de *Ámbito*, que le confirmó la poesía como un modo de vida y de *Pasión de la tierra*, obra que expresa el descubrimiento de un mundo poético propio y la formación de una voz personal.

En estos poemas, muy especialmente en los del segundo libro, Vicente Aleixandre nos muestra, a través de un lenguaje difícil, un imaginario poco habitual en la tradición española. Una visión cósmica, telúrica, de un mundo natural que encierra en sí al hombre como elemento igual y distinto a un tiempo. Es de tal fuerza esta obra que tanto sus ideas como los modos de expresión que en ella se desarrollan forman el sustrato del que se alimentarán los libros posteriores: al principio de manera manifiesta, durante un tiempo de forma latente y, al final, en una madurez que asume en sí el comienzo. En efecto, del mismo modo que la obra de



Aleixandre presentará a lo largo del tiempo notables variaciones tanto de intensidad como de complejidad (a lo largo de su producción alternan, como es inevitable, obras mayores y menores, sin que esto suponga menoscabo de su calidad), también desde el punto de vista de la dificultad expresiva se constata una evolución desde el fuerte irracionalismo de *Pasión de la tierra* hacia la sencillez de *Historia del corazón*, y desde esta poesía como comunicación hasta las últimas obras, que reviven la expresión surrealista. Es precisamente en esta vuelta a los orígenes donde vemos cómo al final, al cerrarse el ciclo de *Diálogos del conocimiento*, el conjunto de este trabajo alcanza su verdadera coherencia.

Esta visión global de la obra culminada es la que busca ofrecernos Alejandro Duque Amusco en su reciente publicación de las *Obras completas* de Vicente Aleixandre. Se trata de dos volúmenes (el primero dedicado a sus poesías y el segundo a sus prosas) que se nos ofrecen como una invitación a recorrer de nuevo la longitud del proyecto aleixandrino.

En efecto, el fin de esta nueva publicación no es erudito, sino que desea poner a disposición del público un texto fiel y riguroso. En los poemas el trabajo de edición no aparece de manera explícita, no hay notas a pie de página ni explicación ninguna del contenido (tan sólo hay una somera explicación de los libros en la introducción). Consta de una breve "historia editorial" de los libros aleixandrinos y de los poemas inéditos o que aparecen por primera vez en una recopilación.

El segundo volumen, dedicado a las prosas, es un buen complemento. Lógicamente tiene un valor independiente, pero de hecho está planteado como un contexto. No tiene, como el de poemas, un afán exhaustivo sino más bien significativo. Es menos extenso (1.100

páginas en contraste con las 1.600 del primero) y en él, además de los libros en prosa, aparecen entrevistas, apuntes y una concisa selección epistolar. En ambos encontramos una bibliografía actualizada tanto de ediciones de las obras como de los más relevantes trabajos críticos que las han estudiado.

Físicamente (y no es lo de menos) la edición es cuidada. El texto limpio y la letra grande favorecen la lectura. No así el tamaño, adecuado para estudiosos con atril pero incómodo, por pesado, para la lectura de sillón.

En definitiva, hemos de darnos la enhorabuena al ver que han aparecido estos dos tomos en los que podemos ver reunidos prácticamente todos los escritos del autor. La hoy casi mítica editorial Aguilar ya se había interesado por compilar los poemas de Aleixandre en 1960 y publicó sus primeras *Obras completas* en el 68. El propio autor revisó con esmero los originales. Sin embargo, ese mismo año publicaría los *Poemas de la consumación* y varios años más tarde, en el 74, *Diálogos del conocimiento*. En 1977-78, coincidiendo con la concesión del premio Nobel, Aguilar hizo una segunda edición añadiendo estos textos y algún otro.

Aleixandre todavía viviría unos años, así que las que publica Duque Amusco en la Colección Visor de Poesía son las primeras *Obras completas* aparecidas después de su muerte; es decir, las primeras que se publican con presunción de definitivas.

Por tratarse de una publicación de algo ya existente, el editor ha puesto especial empeño en subrayarnos las novedades de estos dos tomos. Al mismo tiempo lamenta, con mucha elegancia, que haya todavía poemas inéditos de dicho autor. Insinúa que por su parte bien ha intentado conseguirlos: de hecho la edición

ofrece ciento setenta poemas nuevos, inéditos o muy poco difundidos. Sin embargo, no ha conseguido llegar a ofrecernos la "obra total" aleixandrina: afirma que le consta la existencia de otros poemas desconocidos que no nos puede ofrecer en su volumen porque quienes los poseen, amigos o instituciones, no han tenido a bien cederlos para su publicación. Algunos de ellos (los que pertenecen al fondo documental cedido por Dámaso Alonso a la Biblioteca Nacional) aparecen recuperados como "Complemento poético" en el volumen de las prosas, por la sencilla razón de que no llegaron a tiempo para la publicación en el volumen al que pertenecían. No es razonable suponer que ninguno de esos textos que se nos niegan pueda cambiar el mundo poético aleixandrino tal y como lo conocemos hoy, así que bien podemos seguir llamándolas "obras completas".

Pero ahí sigue esa pequeña nota que, como la página en blanco de Dinesen, parece invitar a la imaginación a conjeturar sobre las razones de esta celosa custodia. Hacer caso a esa insinuación significaría, sin embargo, correr hacia la anécdota olvidando el meollo. Si vale la pena reeditar a Aleixandre no es porque se hayan encontrado nuevos poemas que amplíen el corpus tradicional (aunque eso siempre sea una alegría) sino porque su poesía sigue teniendo algo que decirnos hoy, cuando estamos a punto de cumplir el vigésimo aniversario de su muerte.

Sería una pretensión inútil tratar de definir cuál es la herencia aleixandrina. Pero creo que puede ser elocuente apuntar sucintamente hacia una de sus claves de lectura: el papel fundamental que tienen en su obra los libros escritos antes de la guerra y muy especialmente ese magma caótico y originario que es *Pasión de la tierra*. A él remiten constantemente los ecos que surgen

tras la lectura de la obra de Aleixandre como un todo.

La escritura de *Pasión de la tierra* data de 1928-1929. Es el libro inmediatamente posterior a *Ámbito* (terminado de escribir en el 27). *Ámbito* es la obra primera, en la que los que serán los elementos distintivos del poeta se van perfilando entre formulaciones que deben todavía mucho al modernismo y especialmente a Bécquer y a Juan Ramón. Por eso se suele entender casi como un prólogo, un poemario de iniciación. La madurez que Aleixandre demuestra haber logrado en el breve tiempo que media entre ambos libros es en verdad admirable y no es sorprendente que el segundo provocara ese especial recuerdo al final de su vida.

El propio autor afirmaba en el prólogo a la segunda edición de *Pasión de la tierra*, en 1946, que en ese libro está «como en un plasma (aparte el valor sustantivo que el libro pueda poseer) toda mi poesía implícita. Ésta es un camino hacia la luz, un largo esfuerzo hacia ella. Sólo mucho después yo he descubierto la claridad y el espacio celeste. Pero desde la angustia de las sombras, desde la turbiedad de las grandes grietas terráqueas estaba presentida la coherencia del total mundo poético». En efecto, el universo que abarca toda su obra no dejó en ningún momento de tener el mismo aliento genesiaco que aparecía en este libro temprano. La palabra en él tiene una función similar a la de Dios en el libro sagrado y mantendrá en adelante ese carácter de instrumento cuyo fin es separar el día y la noche, apartar la luz de la oscuridad, marcar la relación y la diferencia entre el hombre y el mundo.

El caos originario que la palabra descubre está expresado formalmente en esta obra por poemas escritos en una prosa irracional y confusa. La voz discerniente del poeta se expresa de manera muy sutil, aso-





mando apenas entre la descripción de un mundo heterogéneo, anárquico y marcadamente material. Aleixandre sabe que su expresión, siendo ya propia y distinta, no es todavía necesariamente acertada: «Pero tu voz muy suave, pero la tos muy ronca escupirá las flores oscuras. Las luces se hincarán en tierra, arraigándose a mediodía» ("El amor no es relieve"). La luz del conocimiento aparece desde el inicio como una necesidad de futuro y como una aspiración de plenitud. Pero la luz es el proyecto de la poesía, no siempre su fruto. Estos poemas transmiten como un perfume el color y la belleza esencial de la realidad natural, pero no pueden apartar de sí la oscuridad propia de la voz en formación, en este caso reforzada por la equívoca cercanía de lo irracional.

Aleixandre reflexionaría muchas veces sobre la técnica que da su carácter propio a *Pasión de la tierra*. Se trata de un modo de escribir de origen surrealista que busca romper la lógica ordinaria, discursiva, para acceder a lo más profundo de la realidad a través de la intuición. El poeta aspira a «la superación de los límites consentidos», a llegar a la unidad última, a la «zona radical y primaria, donde reside el vagido de la vida, allí donde cada hombre, viendo a su semejante, puede confesar que nada de lo humano le es ajeno». Sacar a la luz lo más primigenio implica apelar a lo común y por tanto invocar unas voces que deberían resonar en el interior de cualquier hombre. También el recurso a lo intuitivo, a los sentimientos y a lo instintivo se orientaban en la misma dirección, a hablar de un modo que presentara lo más radical de manera asequible a la gran mayoría. La falacia de este planteamiento era demasiado clara como para que Aleixandre no se diera cuenta de ella. Era un debate entre las armas propias de su trabajo

bien hecho —las palabras, la retórica, las referencias, la tradición— y su arraigada y querida convicción de que la poesía debía ser ante todo comunicación.

Pero la poesía es esencialmente intelectual y las realidades más sencillas son casi siempre las más difíciles de explicar con palabras. La evidencia acabó por imponerse y el poeta tuvo que reconocer que «el más extremado y difícil de mis libros no puede hablar, por razones de forma, más que a limitados grupos de lectores, ay, "preparados"». A pesar de todo, en una entrevista de 1983, insistía en que su poesía más irracionalista seguía siendo la que más atraía a los jóvenes, y afirmaba, probablemente sabiendo que se engañaba, que la evolución de los modos de expresión acabaría haciendo popular esta poesía tan extrema.

Hay de hecho en la obra de Aleixandre una progresiva evolución hacia una mayor claridad enunciativa; un recurso cada vez más frecuente a la lógica, que se manifiesta de modo visible, ya desde *Espadas como labios*, su libro siguiente, en la sujeción formal al verso. También se refleja, de manera más sutil, en la coherencia de una sintaxis cada vez mejor trabada y en un mundo de referencias que habla de una realidad más concreta y objetiva y, por tanto, más fácilmente reconocible. Acaba triunfando la imperiosa necesidad de hacerse entender.

A pesar de ello nunca quiso el poeta —y con razón— renunciar a sus descubrimientos expresivos. Los seguirá utilizando con igual destreza, aunque en menor grado, en sus obras posteriores y hacia el final de su vida se volverá en esa dirección con añoranza, sin acabar de entender por qué la fuerza de esa palabra no había sido capaz de convocar toda la luz que él le pedía. Desde la madurez y la experiencia de una larga vida dedicada a la poesía, y tras haber «descubierto la claridad y el espa-

cio celeste», venía a insistir en lo que ya había intuido en el comienzo: que la voz es anterior a la claridad y camino para llegar a ella, pero no su causa necesaria.

En estos momentos iniciales, por otro lado, Alexandre parece evitar expresamente la consideración de que la luz pueda venir de lo alto. Marca así la distancia respecto de tantos poetas que han compartido la intuición del fulgurante comienzo de *Don de la ebridad*: «Siempre la claridad viene del cielo; / es un don». Lo cual no impidió, dicho sea de paso, que estos versos impresionaran mucho al sevillano, quien desde la lectura de este poemario mantendría una íntima amistad con Claudio Rodríguez. En el contexto de sus primeras obras, Alexandre admitía que la luz llega de fuera de la naturaleza, pero no de más allá del hombre, tierra en la que arraiga.

A través del ciclo que abarca desde *Espadas como labios* hasta *Sombra del paraíso* (escrito ya tras la guerra) el descubrimiento de las luces por la palabra se irá asociando de manera inseparable a ese otro conocimiento de la realidad que llega por el corazón. El poeta entiende también el amor como una superación de los límites personales que nos abre a lo más profundamente común y, por tanto, como otro instrumento de comprensión de aquello que es esencialmente humano (así como de aquello, empezando por lo corporal, que en cada hombre es propio y distinto). El núcleo de la poesía alexandrina a partir de este momento lo formará esta fusión en la que la palabra y el amor se identifican como fuente de luz:

La palabra fue un día  
calor: un labio humano.

Era la luz como mañana joven; más: relámpago

en esta eternidad desnuda. Amaba  
alguien. Sin antes ni después. Y el verbo  
brotó. ¡Palabra sola y pura  
por siempre —Amor— en el espacio bello!  
("La palabra", *Sombra del paraíso*)

El intercambio de propiedades entre los elementos abstractos y concretos así como la denominación metonímica que destaca las relaciones (y que tantas reminiscencias becquerianas evoca) es constante. Estos recursos no solamente cumplen un objetivo expresivo sino que son reflejo de uno de los extremos en los que se movió Alexandre durante estos años: la tentación panteísta en la que la materia se carga de aspiraciones de totalidad adquiriendo para ello dimensiones espirituales. El cosmos todo tiene como motor último al amor en un proceso continuo de destrucción y creación: «éter propagador donde la destrucción de los mundos / es un único corazón que totalmente se abrasa» ("Ven siempre, ven", *La destrucción o el amor*). El poeta, uno con el mundo, forma parte de este proceso. Quizá la forma más radical de esta confusión sea ese encabalgamiento brusco, en un presente radical, de la estrofa antes citada: "Y el verbo / brotó", en el que lo más espiritual surge de manera natural, como una planta de enigmática semilla. Son estos versos casi manifiestos en los que la reflexión sobre el nacimiento de la palabra poética forma parte del interior de los propios poemas, marcando desde dentro la clave de interpretación.

No es esto algo exclusivo de Alexandre. También el Neruda de los años 20 se expresa dentro de la estética surrealista y afirma con voz muy cercana a la de nuestro poeta: «estoy de pie en la luz como el mediodía en la tierra / quiero contarle todo con ternura» (*Tentativa del*





*hombre infinito*). Pero en el chileno la afirmación personal del yo es clara y distinta, específicamente diferente de lo material. Aleixandre se esconde ya desde su primer libro desdoblándose («pero tu voz muy suave») y rápidamente desaparecerá tras un enunciado impersonal en sus obras posteriores («alguien», «brotó»). Con este ocultamiento Aleixandre busca precisamente lo que Neruda rechaza, mostrar al hombre, en este caso al poeta, como uno más, fusionado con la naturaleza.

Por otro lado también los versos citados reflejan el irresistible atractivo que tiene para Aleixandre la acción: el poeta se mantendrá siempre atento a lo cambiante por encima de lo estable, a lo instantáneo antes que a lo eterno; estará mucho más interesado por los hechos que por las ideas. Ambas tendencias, el difuso tono panteísta y el atractivo de la acción, apuntan hacia una mismo trasfondo: en último término lo que se acaba desprendiendo de la obra aleixandrina es una apelación a lo contingente que desafía, con maneras suaves pero ciertas, lo trascendente.

Todos estos aspectos empiezan a encontrar su contraste dentro de este mismo libro, *Sombra del paraíso*, que supone un punto de inflexión en su obra. La vacilación aparece en otros poemas en los que el poeta habla directamente del hombre, presentándolo como un ser distinto del resto la naturaleza: «¡Cuán soberbia tu masa corporal, diferente sobre la tierra madre / que cual perla te brinda!» ("Al hombre"). La dimensión corporal sigue siendo la que más destaca, pero el mero hecho de nombrar la diferencia es ya significativo.

Esa atención particular al hombre, directa y específica, irá ganando terreno en sus versos de aquí en adelante. Esta misma conciencia, junto con la difícil situación social que le rodea (estamos en la inmediata pos-

guerra), es la que le empujará a modificar su expresión durante los años 40. Especialmente en *Historia del corazón* (1953) escribe de manera abierta, sencilla, reduce los tiempos y los espacios, antes eternos en su inmensidad o en su intensidad, a las dimensiones asequibles de los días y las casas. La perspectiva se hace más íntima y surge un sentimiento cercano a la solidaridad. No deja de cantar ahora al amor, es cierto, pero habla también de la plaza. Describe la naturaleza y los objetos, pero también los recuerdos de la memoria.

La onda expansiva de este nuevo modo de mirar llega, haciéndose más intensa, hasta *En un vasto dominio* (1962). El hombre es en este libro diseccionado a lo largo de sí mismo, lo que para Aleixandre significa profundizar en él a través de su dimensión corporal. Aparece la artificialidad de tantos aspectos de la vida humana por contraste con la espontaneidad de la naturaleza (otro de los temas que recorren, con más o menos intensidad, toda su obra). También aquí el horizonte se ensancha hacia la historia más que hacia el futuro. Sin embargo, en este poemario ya se empieza a perder el tono comprometido social del anterior para ir volviendo la mirada hacia el compromiso con el hombre. Poco más adelante, en *Poemas de la consumación*, el giro se irá completando y Aleixandre volverá a las preguntas radicales. Encontraremos entonces reflexiones sobre el sentido último de la vida y del mundo y sobre el valor de la propia conciencia, formuladas ahora de manera mucho más explícita que al principio.

En efecto, el poeta va a terminar su obra evocando constantemente el comienzo. Al llegar a los *Diálogos del conocimiento* (1974), la madurez de la obra última y quizás también la fragilidad de la vejez reflejan de nuevo la radicalidad de los planteamientos. Como en el

primer libro, *Pasión de la tierra*, también aquí son las voces originarias las que llaman:

Era en principio el verbo, y fue la luz.  
Por él vi claridad, vi las estrellas  
su inescrutable signo palpitando  
como otros labios sobre mi mejilla.  
("Dos vidas")

En estos versos finales, tan cercanos por otro lado a los primeros, vemos cómo el tiempo ha ido matizando la postura del poeta. A lo largo de los años la sospecha de que la luz puede ser diferente y acaso llega desde arriba va tomando forma bajo símbolos cósmicos. El sol o las estrellas aparecen como signos insondables, paradójicamente oscuros, llamadas que no llegan o preguntas sin respuesta. Reflejos de algo que el poeta no es capaz ni siquiera de imaginar y a lo que sólo puede acceder a través de líneas paralelas que quizá lleguen a juntarse en el infinito. La manera de acceder al misterio de la creación originaria es el punto que comparte con la creación poética, la palabra, de igual manera que el modo de acceder al enigma del verbo humano ha sido a lo largo de toda su obra la confusión con el amor en el labio.

El poeta afirma que ha llegado a ver la claridad y las estrellas. Y que la luz ha llegado por el verbo, anterior a la naturaleza. La palabra es algo específicamente humano y por tanto la voz hace al hombre distinto del mundo y anterior (cualitativamente hablando) a él. Aparece ahora una sombra de trascendencia en Aleixandre, pero reducida a ese inquietante sintagma, "inescrutable signo", que habla de un conocimiento y una luz mayores que la claridad y las estrellas. Tanto lo

radicalmente inicial como la referencia al conocimiento, reducidos a los elementos más básicos de la imaginación aleixandrina, se carean aquí con la fuerza de ese fascinante poema con el que inicia Juan su evangelio «En el principio existía el Verbo / (...) Todo se hizo por él, / y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho./ En él estaba la vida, / y la vida era la luz de los hombres». La evidente intertextualidad parece convertirse en una pregunta. Pero el poeta no llega a formularla.

En una carta que envió en 1977 al Hunter College, principal promotor de su nominación para el Premio Nobel, Vicente Aleixandre recordaba: «Yo me ratifico en la misma declaración que me hice a mí mismo cuando en 1924 empezaba yo a escribir mi primer libro. Y dije para mí mismo: "Quisiera que toda mi vida no me desmintiese; mejor o peor, quisiera yo una obra que correspondiese de un modo limpio al movimiento que siento en mi alma en esta edad primera. Es lo único que pido". (...) Y este Premio Nobel, al recibirlo, yo lo acepto como el símbolo de una respuesta general que oigo como un clamor que en voz baja me dice: "No has sido infiel a lo que te proponías"».

La depuración formal que Aleixandre alcanza en sus últimos años revela la excepcional maestría de un talento trabajado a lo largo de una dilatada vida. En ese largo monólogo en el que el poeta de nuevo se desdobra, en los *Diálogos del conocimiento*, las preguntas, sin dejar de ser sensiblemente materiales, señalan hacia una dimensión metafísica, haciéndose de este modo más específicamente humanas. Sin embargo, por otro lado, los poemas de la última etapa son más individuales, debido acaso al egóismo propio de la vejez. Les falta la fuerza casi salvaje de sus obras de juventud, brillantes y sugerentes. Al llegar al final de su vida Aleixandre tiene



la íntima satisfacción de haber sido fiel a sí mismo, pero por tantos comentarios parece añorar ese momento anterior a la eclosión, en el que en sus palabras estaban encerrados todavía todos los futuros poéticos posibles. Es inevitable que la obra cumplida deje un regusto de insatisfacción pero, en el camino recorrido, el poeta ha descubierto la claridad y con ella un mayor acercamiento a la verdadera realidad del mundo. Es un triunfo notable y una gran herencia. †

Rosa Fernández Urtasun  
Profesora de Literatura Moderna y Contemporánea  
Universidad de Navarra